

FORO

Reflexiones sobre el cierre temporario de la Biblioteca Nacional de Uruguay

De una larga decadencia y la expectativa de una reapertura democratizadora

Fernando Adrover¹

Universidad de la República, Uruguay

DOI: <https://doi.org/10.25032/crh.v11i21.2636>

El anuncio del cierre de la Biblioteca Nacional me tomó, como a muchos colegas, por sorpresa. No así el diagnóstico de la situación, que ya era evidente para la mayoría de los usuarios de la Biblioteca desde hacía mucho tiempo. Quizá la novedad sea el reconocimiento de esa situación, que se distancia de la pretensión de administraciones anteriores de presentar una biblioteca activa, abierta, en proceso de modernización y descentralización territorial, con una política comunicacional que enmascaraba una situación mucho menos auspiciosa.

Mi uso sistemático de la biblioteca, en especial de sus colecciones de Sala Uruguay y su sección de Hemeroteca, comenzó hace poco más de una década, y en todo ese tiempo he podido advertir un franco y acelerado deterioro del servicio. La pobre iluminación, los vetustos equipamientos –en especial los lectores de microfilm y las computadoras que permiten ver la prensa digitalizada–, y sobre todo los extendidos

¹ **Fernando Adrover** es Profesor de Historia (Instituto de Profesores Artigas, Uruguay), Magister en Historia Política (Facultad de Ciencias Sociales, Udelar) y Doctorando en Historia (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar). También es docente de Historia en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y en la Facultad de Información y Comunicación (Udelar). Es autor de varios capítulos de libros y artículos académicos publicados en los últimos años e integró varios Grupos de Investigación I+D CSIC entre 2017 y 2023. En la actualidad forma parte del «Grupo de estudios Asia-Latinoamérica», autoidentificado CSIC, con orientación hacia el Próximo y Medio Oriente.

tiempos de espera en la provisión de los materiales, forman ya parte del folclore al que nos hemos habituado –no sin momentos de hastío e indignación– los investigadores. Escasos avances o incluso retrocesos se han constatado en estos aspectos en las últimas gestiones de la Biblioteca Nacional.

Más allá de los aspectos de infraestructura y seguridad que se han esgrimido para el cierre, me quiero detener en dos aspectos de la crisis de la Biblioteca Nacional.

El primero es el de la conservación de los materiales. En 2022, junto con más de ochenta académicos de diversas áreas, tuvimos la iniciativa de plantear nuestras preocupaciones al director de la Biblioteca de ese entonces, Valentín Trujillo, en buena medida centradas en este aspecto de la conservación. El director se negó siquiera a reunirse con nosotros y no respondió a ninguno de los planteos. La conservación de los materiales, y en especial de diarios y revistas, es un problema que tiene ya muchos años. Los investigadores estamos acostumbrados a toparnos con boletas que suben el montacargas desde el subsuelo con la leyenda «para restaurar». Esto implica que los materiales han caído en un agujero negro del que nunca retornan, pues no existe un plan sistemático para la restauración de los materiales en papel y tampoco para su digitalización en los casos en que ha avanzado su deterioro. No existe siquiera el suficiente personal calificado para desarrollar esas tareas, en una institución que ha visto reducida su plantilla de funcionarios de forma drástica sin que se dieran reemplazos en áreas clave tras la jubilación de algunos trabajadores. Lo cierto es que muchos investigadores hemos recurrido, en ocasiones, a peticiones especiales, sujetas al arbitrio de las autoridades, para poder acceder al material deteriorado de forma excepcional, o bien a vagar por otras hemerotecas para poder suplir los faltantes, o simplemente aceptar con resignación los vacíos en el relevamiento para nuestras investigaciones. La Biblioteca Nacional llegó a quitar de circulación durante mucho tiempo colecciones enteras de diarios como *El Plata*, *El Bien Público*, *El Ideal* y *La Nación*, por encontrarse afectados por plagas que no podían ser controladas, en algunos casos con daños irreversibles. Los propios funcionarios de la institución han transmitido, además, a las distintas administraciones su preocupación por el funcionamiento deficiente de los sistemas para el control de la humedad y temperatura en los depósitos en que se guardan estos materiales.

Pero la conservación de estos materiales y su préstamo al público se ve afectado no sólo por las condiciones antes enumeradas, sino también a menudo por cierto caos organizativo. A título de ejemplo o anécdota, debo citar mi odisea en la búsqueda de un medio de prensa central para mi tesis de doctorado, el periódico *La Escoba*. Lo solicité por primera vez en 2019, antes del advenimiento de la pandemia de Covid-19, pero el material no fue encontrado, se lo dio por perdido. Tras varias solicitudes y en el marco del cierre de la institución, los funcionarios se comprometieron a una búsqueda que no dio sus frutos. Tras la reapertura de la Biblioteca hice múltiples pedidos para que se continuara buscando el material, haciendo un inventario completo de todas las publicaciones con denominaciones similares junto a las que *La Escoba* podría haber sido mal guardada. Nuevamente no tuve éxito. En 2024, en uno más de mis pedidos ya rutinarios, una funcionaria encontró finalmente la publicación. Nunca supe muy bien cómo ni qué había sucedido con ella en los años anteriores. Fueron más de cinco años del desarrollo de una investigación sin contar con una fuente central debido a las deficiencias de la institución.

El segundo gran problema de la Biblioteca Nacional, que se suma al anterior, es el del acceso. Durante varios años los usuarios presenciamos atónitos cómo la Biblioteca establecía un horario especial de verano, en virtud de las licencias de sus funcionarios, para luego convertir esa reducción transitoria en una definitiva. La restricción del horario de atención al público ha sido una constante en los últimos años, a lo que se suman los recortes eventuales que se suscitan ante la ausencia de algún funcionario que no cuenta con un reemplazo. De esta forma, ir a la biblioteca cada semana implica tener que detenerse a leer con atención los carteles que se pegan en los mostradores y ventanillas para informar que tal o cual sección abrirá en un horario aún más restringido que el general de atención al público o simplemente permanecerá cerrada por un período de tiempo. A veces se tendrá la suerte de poder pedir revistas, diarios, libros, pero raramente todo ello en una misma jornada de trabajo. Esta situación obedece a la falta de funcionarios, que se ha profundizado sin que existiera plan alguno para cubrir vacantes y restituir servicios, más allá de «parches» temporales que implican para el resto de los funcionarios la formación de un trabajador para una tarea en la que sólo permanecerá unas pocas semanas. Por todo esto, para un investigador, que a menudo realiza tareas docentes o tiene otro empleo, los horarios restrictivos de la Biblioteca Nacional presentan severas trabas al desarrollo normal de su trabajo académico.

La Biblioteca Nacional hasta el momento no había cerrado definitivamente, pero puede afirmarse que venía restringiendo el acceso de los usuarios desde hace ya mucho tiempo: estaba cerrando de forma lenta y paulatina desde hace años. Al horario restringido se le sumó el requisito de agenda previa, impuesto durante la pandemia y restituido en varias ocasiones en los años siguientes. La dificultad para conseguir cupos en esa agenda, a veces poco comprensible ante la presencia de escasos usuarios, sumaba otro escollo al acceso a la Biblioteca.

Se ha escuchado en repetidas ocasiones que el vínculo de la población con las bibliotecas ha cambiado, en el mundo y en Uruguay, que la gente ya no va a las bibliotecas, que no se sienta a leer o al menos no lo hace siguiendo las formas del siglo pasado. Todo esto puede ser cierto, pero también es innegable que la Biblioteca Nacional, lejos de proponer políticas culturales que se acerquen a la ciudadanía y tratar de ser una institución de puertas abiertas, se ha convertido en inaccesible y hostil para los usuarios. Nadie que cumpla un turno laboral de seis u ocho horas puede acceder a sus restringidos horarios, nadie que no planifique con antelación su visita puede encontrar un hueco en sus agendas, nadie que no conozca su anticuado funcionamiento –agravado por la escasez de funcionarios que impide el debido asesoramiento al público– puede acceder con facilidad a los materiales, y nadie que no tenga un férreo interés y temple traspasa las rejas entrecerradas de una biblioteca que no cuenta casi con actividades o espacios que inviten a utilizarla. El caso del cierre del espacio de la biblioteca infantil y de cualquier actividad que pudiera concitar la atención de los niños para que se acercaran a la lectura, es sintomático de esta situación.

Los investigadores, con todas las dificultades apuntadas, podremos seguir utilizando la Biblioteca Nacional, siendo testigos del deterioro irreversible de su acervo. Pero a pesar de discursos de apertura territorial, de modernización en el acceso a través de digitalizaciones que no se concretan y un sitio web deficiente, se corre el riesgo de que la institución se convierta en un recinto elitista, poco accesible, todo lo contrario a lo que debería proponerse una política cultural democratizadora. ◇